

REVISTA GALAICA.

Año II.

Ferrol 15 de febrero de 1875.

Núm.º 3.

LA MÚSICA POPULAR DE GALICIA.

«Decídnos las canciones de un pueblo, y os diremos sus leyes, sus costumbres y su historia.»

Esta frase proverbial de los ingleses nunca tendrá tanto fundamento como aplicándose á Galicia.

Cuanto fuimos y somos los gallegos, está indeleblemente estereotipado en nuestra música popular.

Lo propio sucede á muchas pátrias; pero, fuera de toda duda, los hijos del Norte son los poseedores privilegiados de la llama envidiable del divino arte.

Esos cantos anónimos, brotados de fantasías ignoradas y transmitidos de padres á hijos como santa herencia vinculada al país, son el símbolo de nuestras aspiraciones y sentimientos, gota fresquísima de ese raudal de inspiraciones que es carácter distintivo de los descendientes de las antiguas tribus gaélicas.

Época tras época, la historia presenta datos de perfecta organización musical á nuestros mayores, desde el siglo que cantó el poeta de Itálica hasta la Edad Media, en que teníamos un idioma, una literatura y una música propias, genuinas de la región, y tan estrechamente ligadas á elle como el fondo y la forma en el orden metafísico.

A nosotros han llegado aquellas inspiraciones, por más que muchas se deploran perdidas, y algunas hayan sufrido variaciones, achaque de toda tradición. El tesoro, sin embargo, existe, y existe harto desconocido, en lo cual estriba el mayor mal.

Sin necesidad de disertaciones, con sólo echar una ojeada al momento actual de la crítica en la historia y en la estética, se comprenderá lo preciso que se hace el fijar por la notación la música popular gallega.

Esta es una de las fuentes más de luz para alumbrar nuestro oscuro pasado.

Y concedido por un instante que así no fuese, no habría tampoco razón para desdenar el estudio de nuestras canciones,

por cuanto tienen un mérito especial que las de otros países no encierran.

Ellos fotografian la raza, propiedad de primer orden, que no negaremos á la música popular extranjera. Y la fotografian, afectando formas tan variadas y distintas entre sí, que causan maravilla: hé aquí la dote exclusiva de las canciones gallegas.

Todas las de Aragón tienen una misma base: la *jota*. Todas las de Vizcaya se desarrollan sobre un mismo tema: el *zor-zico*. Todas, absolutamente todas las andaluzas, son variaciones de un motivo primero: el *fandango*. La única excepción que estas pueden alegar, confirma la regla, pues la *caña* es un canto flamenco puro.

Galicia, por el contrario, guarda un caudal de inmensa variedad, efecto de las diversas razas que han colonizado el país y del distinto cielo bajo el que se desarrolla la inspiración. Mas no destruyen la unidad estas circunstancias. La melodía del valle y de la montaña, la de la ribera cántabra y de la oceánica, la del placer y de la melancolía, la del amor y la religiosa, la que se toca y la que se canta, podrán *cristalizar* (digámoslo así) en figuras geométricas opuestas. El cuerpo siempre uno y el mismo.

Sobre la diferencia específica del cantar de Lugo y de la Coruña, de Padron y de Tuy, se halla el género único: Galicia.

La *gaita*, céltica por el nombre como por el uso, acompaña el coro unísono de los campesinos. Y á fé que la *gaita* enseña á más de un maestro pretencioso á componer música propia del pueblo: aquella nota grave que llaman los rústicos *el ronco* y que se conoce en el contrapunto por nota *pedal*; aquella nota que es ostensiblemente la tónica de una melodía cuyos periodos no admiten más acordes que los perfectos mayores ó menores; aquella nota, y tenida constantemente como simbolizando la ley del arte en armonía con el capricho de la naturaleza, reflejada ésta en el canto y aquél en el acompañamiento; aquella nota, decimos, podrá va-

ler un ardite para el indiferente ó el crítico vulgar, y vale en realidad para un juez discreto toda una leccion de Conservatorio.

No hay en Galicia música *exprofesso* para ejecutarse sóla: va unida siempre á la poesía. De aqui es que no puede escribirse de una sin tratarse de la otra. Pero prescindiendo en lo posible de ese consorcio (digno de la atencion más escrupulosa), y viendo de juzgar la música sóla, sentemos por principio su dulzura, suavidad y melancolía.

Hablamos en sério, téngase presente. Ni escribimos para el vulgo, que no se dá cuenta de lo que lee; ni para los necios, que no aciertan á distinguir lo justo de lo injusto, lo bello de lo ridículo, la lógica de la burla.

A los que juzguen nuestra música por un *aturuxo*, (que no suponemos inferior en categoría á un *hurra*); y á los que juzguen nuestra poesía por el barbarismo de un proletario emigrado en la corte (como si no dijeran barbarismos horribles los cortesanos y como si no estuviesen en inmensa minoría nuestros gallegos); á esos... Volvamos á la cuestion.

Es el más conocido de nuestros aires musicales la *Muiñeira*, que, segun indica su nombre, se apropia á una molinera, epigramática por demás en las estrofas. El ritmo es tiple (*seis por ocho*) y el tiempo de rigodon. Tienen gran parecido con las melodías de los *highlanders*, de Escocia, no obstante estas sean más lentas.

Más genuino que la *muiñeira* es el *Cantar do pandeiro*, gallego de pura raza. Vibran sus ecos al son del pandero y de las conchas (las *alegres conchas* de Os ían). Acompaña á la triada bárdica, estrofa de tres versos, el último de los cuales presta asunto á la estrofa siguiente: admirable continuidad de Teócrito, Virgilio y del cantor de Fingal. El aire es algo vivo, y los períodos son de *tres compases* á ritmo doble (*dos por cuatro*).

Al hablar de música tan característica como la *Muiñeira* y el *Cantar do pandeiro* cumple llamar la atencion al metro caprichoso de la primero y á la combinacion de los del segundo. Para mayor prueba de que tenemos música de todo género, debe citarse la frase de *cinco compases* con que se cantan estos versos:

¡Jesús, qué dolor!
¡por sel' un clavel,
por ol' unha flor,
cautivo est' aquél,
rendido de' amor!

El *Alalàs ó Alalala*, originario de los valles del Ulla, derrama en el espíritu una fruicion sólo comparable á la que siente contemplando aquellas comarcas sin igual. ¿Y de dónde habia de brotar ese eco de amor y sentimiento, sino de la tierra de Mosoncio el de la *Salve Regina*, de Macías el de las *cántigas*, de Rodriguez del Padron el de las *saudades*?

Sus notas son lentas, y al fin de cada verso se prolongan como un suspiro. La última cadencia tiene una vaguedad indefinible, y se asemeja á las que técnicamente se dominan *plagales*, que tanto alagan el odio y el corazon en los coros de una basílica.

Cuando irradia la aurora de una fiesta, lanza la gaita sus voces más alegres y juguetonas, y de las juveniles gargantas femeninas se exhala la caprichosa y fantástica *Alborada*. Ningun canto matinal resiste la comparacion con ese himno al nuevo sol. Es tan original como perfecto, y así constituye el solaz del campesino como merece el estudio del crítico.

Pero es imposible seguir una á una las múltiples manifestaciones del génio músico popular de Galicia.

Cantos de la sierra y de la playa, *Mayos* y *Mariñeiras*, propios ya de una solemnidad, ya de una romería, ora sentimentales, ora chispeantes y ligeros, forman una coleccion la más abundante.

El carácter femenino de los celtas trasciende en ellos con toda claridad: aparte de su índole lírica, lo confirma la circunstancia de ser las mugeres las que casi siempre hablan en los cantares. No se ocultó esto á la perspicacia de Sarmiento y otros escritores, que hallaron aqui un dato más para diseñar el agradable tipo de la muger gallega.

No tenemos cantos guerreros. Las brumas del Norte y Occidente convidan á la tristeza y á la contemplacion.

Que esto es propiedad comun de las patrias que cobija el mismo cielo y que guardan la misma historia, pruébalo el hecho de ser tan semejantes los aires populares de unos y otros países. Compárense, sino,

el *Alalàs* de Galicia y la *Ultima rosa de verano* de Irlanda. Por algo había de llamar á nuestra tierra la Erin española.

Tambien Roma. Cápuá, Terracina y otras comarcas italianas, en especial el Piemonte, pueden reclamar para sus cantos la semblanza de los nuestros. Los *andantes* de las riberas del Ulla son hermanos de los que vagan entre las brisas de la pátria del arte.

Los aldeanos de Italia alargan la última nota de sus canciones tanto cuanto lo permite el pulmon. Nosotros hablarémos de Galicia citando el mismo cantar que dice:

O cantar do galleguiño
é cantar que nunca acaba,
que empeza con *tailalila*
y acaba con *tailalalalaaaa...*

Una cosa que no dejará de herir vivamente la atención de un oído bien educado en la música, es la identidad de inspiración que se advierte entre algunas (bastantes) de las melodías populares de Galicia y las obras de los grandes maestros alemanes.

El hecho existe: nosotros no nos atrevemos á dilucidar el *por qué* ó el *cómo* existe.

En los hermosos días de nuestra juventud, cuando aprendimos á amar á Galicia revolviendo libros en la risueña Tuy, llegaba á nosotros el eco lejano de un cantar que repetían indefectiblemente á cada aurora las campesinas de la fértil y amena vega del Oro; cantar, cuya audición se nos hizo una necesidad: ¡tal era el encanto creciente que nos causaba! Imposible fué siempre el percibir la letra, por la distancia; pero aquella música original, frase sin fin, que no tenía otra conclusión que el cansancio de las inconscientes artistas, aquella música tan notable por lo bella como por lo buena, quedó profundamente impresa en nuestra memoria.

Corrieron los tiempos. Un día, oyendo el violín de Monasterio y el piano de Guelbenzu (que es lo mejor que puede oírse en Europa), escuchamos las mismas notas del cantar de la vega que besa el Miño. Creimos ser víctimas de una ilusión, y entre el asombro y el afán de la verdad, leímos una y mil veces el *spartito*. No cabía duda; las campesinas de Tuy ejecutaban

el primer *andante* del cuarteto 76 de Haydn.

Este descubrimiento nos llevó á otros. La misma filosofía que presidió á la creación del cuarteto por el génio alemán, presidió á la composición de los aires populares gallegos que desarrollan el tema del *andante* en el *allegro* que inmediatamente sigue.

No sería difícil establecer semblanzas entre algunos y entre *scherzos* del pintoresco Beethoven.

Nos contentarémos con indicar la cantinela de *Ani novo*, para que cualquiera crítico que lo desee, la compare con un *andante* de Mozart, escogido á la ventura entre los que inmortalizaron el *Don Juan* y las *Bodas de Figaro*.

En los días de fiesta solemne óyese también en Tuy una especie de himno ó marcha que ejecuta un trío de instrumentos de madera en la Catedral. Ignoramos su origen y su historia; pero no ignoramos que así era la marcha imperial de Carlos V, conocida por la *Prusiana*. Tal vez esta haya sido su madre, como lo fué de la marcha real española.

Los coros de la *Sonàmbula* de Bellini diríase que fueron calcados sobre la *Muineira*.

La plegaria de *Moisés* de Rossini es hija de nuestras montañas del Norte.

La canción de Perico en *Linda di Chammounia* de Donizetti, parece robada á nuestros pescadores.

No son, pues, tan malos los motivos musicales de Galicia, cuando se ven reproducidos por los talentos de las dos trinidades artísticas de Alemania y de Italia. Y no se diga que nosotros los hemos traído de allá á nuestros lares: olvidando la ridiculez del aser; ¿de qué se nos podría argüir? Ciertamente, de muy buen gusto.

Como prenda de la buena organización musical de los gallegos y del mérito de sus cantos populares, hemos escrito las anteriores líneas, en las que quisiéramos que se viera todo lo que hay y sólo lo que hay, pues somos tan amantes de la pátria como de la justicia.

Réstanos un párrafo en que mentar otra identidad de inspiración musical, la más fácil de hacerse palpable, gracias al éxito inmenso y á la popularidad que alcanza al presente una de las dos obras que comparamos. Oid la *Alborada gallega*, Oid

después la *Danza de bacantes* de Gounod. La una es la otra. El público de la corte, que no se distingue por galante con Galicia, aplaude con todo el fuego del entusiasmo nuestro himno á la aororr, al aplaudir la preciosa página del ému'o de Bach.

Urge el perpetuar con la notación las melodías populares de Galicia, y el agruparlas en un libro, que podríamos mostrar con orgullo á los ojos de la Europa musical.

La empresa no es difícil *por hoy*, ni los medios son costosos, ni el fin se tacharía de indigno de tantos afanes, aunque estos fueran trabajos de Hércules.

Haya union entre algunos artistas diseminados por Galicia, y todo es hecho, porque «la union es la fuerza.»

TEODOSIO VESTEIRO Y TORRES.

1875.

EL ANGEL DE LA RESIGNACION.

EN EL ALBUM
de la

Excm. Sra. Condesa de la Peña del Moro.

Egro io languiva e d' alte sonno awinio
Giacea con guancia di pallor dipinta
Quando di luce incoronata...
Maria, pronta scendesti al mio dolore.

EL TASSO.

I.

Iba yo, del desierto de mi vida
las pardas sombras por do quier rasgando,
con firme planta, con la frente erguida
momento tras momento batallando.

Peregrino infeliz que en negra noche
busca asilo recóndito, ignorado,
plegaba el corazón su amante broche
de perfumes de amor cáliz cerrado.

Osado marinero en la tormenta,
mecía el alma entre su pompa dura
como jóven leon que más alienta
cuanto más se condensa en la espesura.

Náufrago, lejos de tranquilo puerto,
ola tras ola sin cesar pasaba;
ciego, que vá tras un clamor incierto,
sombra tras sombra con afan salvaba.

Y el tiempo trascurría, hora tras hora,
sin sonrisas, sin luz y sin fortuna:
¡lágrimas siempre al despuntar la aurora!
¡lágrimas siempre al fulgurar la luna!

En medio del horror que me cercaba
al *Angel de mi amor* yo preveía:
en las ondas del mar lo vislumbraba,
en las ondas del aire lo sentía.

Al fin aparecióse á mi deseo
bajo nubes de púrpura y de plata,
blanca cual las espumas que el Mandeo
sobre las rocas de Arberol desata.

Hermosa cual las aves de colores
que en el vergel de Láncara aparecen,
y el azul de sus ojos cual las flores
que en Montecelo sobre el musgo crecen.

Yo lo ví... yo lo ví... lo ví á mi lado...
luz de los cielos que las nieblas dora;
y al *Angel de mi amor* canté extasiado
cual canta el ave al rutilar la aurora.

II.

Detúvome en mi rápida carrera
entre las sombras de la vida mia,
el brillo de su luz, que al alma hiriera,
renaciendo al amor y á la armonía.

Huyeron las tinieblas vaporosas;
en un pensil se trasformó el desierto,
y aspirando el aliento de las rosas
sentí latir el corazón despierto.

Tuvo la aurora para mi su gualda
y perlas de luciente argenteria,
el mar ondas de aljófar y esmeralda,
la noche suavidad, dulzura el día.

Y todo sonreía en torno mio:
el monte altivo con su frente enhiesta,
con su murmullo cristalino, el río;
con sus dolientes auras, la floresta.

Y en la pasión que el alma me absorbía,
do quiera que la vista se fijaba
al *Angel de mi amor* sólo veía!
al *Angel de mi amor* sólo cantaba!

III.

¡Hoy todo concluyó...! Las ilusiones
que inflamaban ayer mi fantasía
raudas se evaporaron en canciones...
sin dejar un recuerdo al alma mia!

¡Héme ya sin amor... La luz de rosa
que en mi cielo las auras contemplaron,
undióse entre las nieblas presurosa...
mis trémulos suspiros la apagaron!

Angel caído que en las sombras mora,
héme otra vez sin esperanza alguna:
¡lágrimas siempre al despuntar la aurora!
¡lágrimas siempre al fulgurar la luna!

BENITO VICETTO.

Coruña, 1860.

TRADICIONES FEUDALES DE GALICIA.

LOS CHURRUCHAOS.

III.

Rapto.

A todas horas llegaban á él los jóvenes y elegantes donceles de la tierra de Camba, ansiosos de acreditarse y adquirir los bienes de sus vecinos que se afiliaran al bando contrario; y era de ver aquellos corros de hidalgüelos obstruir día y noche los patios del castillo, platicando de amores y de guerra, y abrirse en dos filas cuando pasaba el viejo Churruchao en compañía de su hija. Entónces parecia que aquella juventud se inflamaba como la polvora; felicitaban al poderoso señor por el buen estado de salud y la opulencia de su casa, miraban de través á su hija que apenas tendria unos catorce años, y todos aquellos ojos brillaban de esperanza clavándose en los suyos, y parecian mendigar una mirada de amor ó de compasion en su porfia.

Ella pasaba como una reina por entre ellos, feliz, hermosa y altanera, aunque inclinando la cabeza á menudo ante aquellos gallardos donceles que no les faltaba más que arrodillarse á sus piés para manifestar mejor su humillacion. Habia uno, sin embargo, á quien ella no saludaba ni él pugnaba por salirle al encuentro como los demás. Ambos se miraban con el corazon palpitante y los ojos radiantes de amorosa ternura. Era que el amor conmovia ya sus corazonces y se alimentaban sólo de miradas. No se habian hablado nunca ni una palabra de etiqueta... á saber si ella podria contestar ó él dirigirla, porque comunmente al verse temblaban agitados por las primeras impresiones de un amor castísimo, y un fuego devorador les subia del corazon á la cabeza.

Pero ella padecia más que el jóven caballero en tretemores y esperanzas, porque hacia más de cinco noches que habia sentido trovar al pié de su ventana. Las trovas eran de amores y el trovador cantaba su pasion y su belleza. Estos cantos que en el silencio de la noche penetraban hasta su lecho, habian despertado un interés profundo en su alma por el cantor, cuya voz la conmovia toda y la hacia vislumbrar rápidamente un mundo desconocido, donde todo era amor y ventura. Quiso asomarse a la ventana para ver si el que trovaba era el tierno doncel cuyas miradas la abrasaban, y él se ocultaba en la sombra. He aquí por qué ella padecia en medio de sus nuevas sensaciones de amoroso deleite, el temor de que el trovador nocturno no fuera el doncel que ella adoraba.

Mas hé aqui que cuando ménos lo esperaba, salió de esta incertidumbre. Una noche en que ocultá detras de la ventana se extasiaba con la balada del trovador incógnito, acompañándola con los latidos de su corazon, sintió de pronto una voz áspera que hizo callar al cantor, y prestó atencion á lo que empezó á disputarse al pié de los muros del castillo. Habia sucedido que el trovador se encontró sorprendido de manos á boca por el hermano de Blanca.

—¿Quién sois?... le gritaba éste con voz tonante.

—¿Qué os importa? contestó el cantor con el mismo acento de coraje.

—¿Qué me importa? ¡no me ha de importar, miserable! ¿No acabas de entoar una trova de amores debajo de la ventana de mi hermana?

—¡Fernan!... tartamudó el cantor tendiéndole la mano.

Pero él tambien reconoció á su contrario y se lanzó en sus brazos. Ambos se estrecharon con toda la efusion de sus almas jóvenes y apasionadas; habian combatido por don Pedro siempre juntos, y eran amigos como dos hermanos.

—¡Amas á mi Blanca, Gonzalo! exclamó el jóven Churruchao con trasporte; ¡amas á mi hermana y no me has dicho nada!

—El temor de desagradar á tu padre...

—A mi padre... ¡no por el cielo! Mi padre respetaria su eleccion como yo. ¿Ella te ama, Gonzalo?

—Nunca le hablé una palabra.

—¡Malo! dijo Fernan Perez. Debiste tratarla aunque no fuera más que con el pretexto de quererme á mi mucho; pero todo se remediará, Gonzalo; mañana al anoecer ve á su cámara que yo haré de modo que la encuentres sola.

—¿Y tendré valor, Fernan?

Todo esto lo oia Blanca radiante de alegria por que el doncel que ella amaba se llamaba Gonzalo Gomez Gallinato y era el mismo que trovaba.

—¡Cómo valor, Gonzalo! pues qué, ¿te ha de imponer más la presencia de una niña que la de un ejército de rebeldes?

—¡Oh! si... Fernan: porque cuando se ama como yo amo, el hombre vé en la muger algo más que un ángel... y tiembla ante ella, porque una mirada de la muger que asi se adora, enloquece y embriaga.

—Voto á brios! hablas como un monje: yo jamás sentí eso que tú dices; vi, amé y me amaron. Tú, Fernan, ¿quieres ser mi hermano en regla? ¿Si, ó nó?

—Pero Blanca, ¿no está ofrecida á Vasco Perez de Baamonde?

—Si, pero quiero que tú seas su dueño, y lo serás. Me basta saber que tú la amas, Gonzalo, y que ella debe amarte aunque no sea más que por tus cantos. Destruir este amor seria sumiros en un abismo de dolor sin fondo.

—Oh! si... en un abismo de dolor sin término.

—Pues bien, Gonzalo, serás esposo de mi hermana. Mañana al anoecer, ve á la cámara de Blanca.

—Oh!... no sé que siento á esa sólo ideal!

—Bien dicen que los enamorados se vuelven niños. Gonzalo, hasta mañana al anoecer.

—Fernan... hasta mañana al anoecer, repitió el doncel turbado enteramente; y ambos entraron en el castillo.

Pasó la noche, vino el sol y el crepúsculo anunció otra vez la noche. Gonzalo Gomez Gallinato subió á esta hora á la cámara de Blanca... ella estaba sola y la puerta se cerró tras ellos.

Ella estaba sola, sola en su cámara. Vosotros, los que habeis amado una vez en la vida con esa especie de abnegacion moral é intelectual que hace un esclavo tímido y respetuoso del amante... Vosotros, los que habeis amado á una muger sin que haya cruzado por vuestra frente un pensamiento impuro, infame, brutal... los que habeis, en fin, amado á una muger como se ama todo lo hermoso que encontramos á nuestro paso, todo lo que hace palpitár el corazon de admiracion y de purísimo deleite, habeis podido hablar... pronunciar su nombre siquiera al encontrar sólo en su habitacion al ídolo de vuestras adoraciones?

Una muger que se adora... sólo en su habitacion, donde todo se halla impregnado con el perfume de su gracia virginal... donde la atmósfera en que se vive entónces es la atmósfera de su aliento... atmósfera que abraza, pero que no mata, porque no se muere de placer... ¡Oh! decid... decid... no habeis caído á sus piés como el mortal á los piés de un ángel?

Ni una palabra saldría de vuestros labios... ni haríais tampoco que ella hablase porque podría evaporarse la ilusión del momento... desaparecer las emociones del momento y con ellas vuestro ángel querido por muy armoniosa que fuera su voz, permaneceríais así de rodillas á sus plantas... buscando sus ojos... mirando los ella también con los suyos brillantes de amor y de inquietud, y con la boca entreabierta por la esperanza satisfecha como las vírgenes de Giotto... Y decidme ahora si hay alguna cosa en el mundo que se apodere tanto del corazón y abraza tanto la frente; que tanto impresione el alma, que tanto la espiritualice como una niña de quince años que se ama con pureza, sólo en su cámara con su amante.

Porque á los quince años todo es candor... inocencia... virtud... es el apogeo del ángel para descender á demonio. A los quince años la mujer, no sabrá deciros lo que siente su corazón... siente para callar. A los treinta, es á la inversa; la mujer habla lo que no siente... ya se ha gastado su corazón y le será preciso fingir... ya no hay impresiones. Marchita la azucena, ya no hay aroma ni pureza. La mujer entonces es una flor artificial.

Genzalo pasó por todas estas sensaciones encantadoras, cuyo recuerdo es imposible no adorar... Por fin, le fué preciso hablar.

Pero cuando se preparaba á declarar á Blanca la honda pasión que había concebido por ella, se sintió agarrado fuertemente por detrás, le vendaron los ojos y le taparon la boca con un pañuelo sin tener tiempo para defenderse. Blanca tampoco lo tuvo más que para despedir un grito de sorpresa, débil, lánguido y desgarrador como un silbido del viento en los dentados torreones de un castillo arruinado, pues casi á la vez que su amante caía á sus pies como un madero, ella sintió también un pañuelo en la boca.

Los que con tanta sagacidad obraban para robar á Blanca, cargaron con ella y salieron de la cámara con recatados pasos. Al bajar por la ancha escalera que conducía al patio del castillo, encontraron á Fernán Pérez Churruchao que subía, pero tan preocupado sin duda con algunos pensamientos extraños, que no reparó en ellos ni en su presa, y salieron fuera de Castro Caudal sin entorpecimiento alguno.

B. VICETTO.

(Se continuará.)

ARMONIAS.

I.

Ye no se si ya en el pecho
que deshecho
su último sueño miró,
un latido habrá quedado
desterrado
como en el mundo estoy yo.

Ni si ya en la rota lira
que suspira
con desacordado son
vibrará en tierno lamento
el acento
de mi pobre corazón.

II.

Allá cuando el alma mía
forjó sus dichas primeras

y magníficas quimeras
vió de su seno brotar,
no pudiera el sentimiento
concentrar en su antro estrecho
y ardiente broto del pecho
y espontáneo mi cantar.

Lágrimas despues vinieron
que los ojos abrasaron
y tal vez la voz ahogaron
de mi primera canción;
que entre mi canto y mis lágrimas
acaso fuera nacido
el primer sueño querido
que halagara el corazón!...

Ilusiones adoradas,
fantásticos desvarios
cayos restos místicos, fríos,
hoy mi vista alcanza á ver;
¿de va de vuestra belleza
la atracción encantadora
y la breve, primer hera
que me disteis de placer?...

Era cuando el sol se hundía
en el rojizo horizonte
y bañaba el alto monte
de melancólica luz;
tibio el rayo de la luna
no a umbraba aun la pradera
y a poco monte y ladera
cubría negro capúz...

Entonces el alma amante,
alma virgen de dolores,
un mundo sonó de amores,
de paz, de dicha y de fé...
Oh! si: existira sin duda
mi sublime desvario,
mas quizá sólo Dios mio
tras la azul cortina esté!...

III.

No mentirosa farsa, escepticismo frío
sobre mi alma extiendan su fúnebre crespon;
que un mundo de creencias guarda con fé sencilla
el más estrecho pliegue del débil corazón!

Y yo no quiero nunca de mi soñar divino
en despertar amargo tocar la realidad;
si esto es mentir, mintamos que hermosa es la
jamás mis ojos vean horrible la verdad! (mentira)

Dejad vagar mi mente que cree en la ventura;
y en la esperanza cree, y cree en el amor;
que si una duda acaso en ella se escondiera
dudara solamente lo eterno del dolor!

Quiero en mis sueños de oro tender la vista en
y el bien hallar doquiera, doquiera la virtud; (torno;
y el alma sosegada si atribulada y triste
en su hora postrimera soñar la excelcitud!...

IV.

Por más que en mi rota lira
 quizá un sonido ya no halle;
 cuando en el ánima fría
 ninguna ilusión se ampare,
 y venturas y desdichas
 vayan en ella mezclándose;
 cuando ya ni una esperanza
 en su yerto seno guarde,
 y para encontrar la dicha
 sólo á sus recuerdos baje;
 yo pensaré siempre, siempre
 que mi alma despertándose
 miró al vacilante rayo
 de la moribunda tarde
 un mundo de paz y amores
 que quizá el mundo no alcance
 pero que existe. Dios mío,
 como vivir sin soñarlel...

CLARA CORRAZ.

Santiago—1875.

GALICIA PINTORESCA.

SAN JUAN DA COBA.

De los ríos que bañan á Galicia, el Ulla solo cede en caudal al Miño y al Sil.

Toma origen en dos manantiales hácia el lugar de Soengas, en el obispado de Lugo, y entra en la provincia de Santiago, por el condado de Borrajeiros, recogiendo las aguas del Pambre, del Furelos, del Estanque, del Arnego, del Deza y de otros menores que de trecho en trecho salen á buscarle.

A dos leguas de la ciudad de Santiago, forma el delicioso valle á que da nombre, en el cual, viñedos, vegas de maíz y de lino, florestas y vergeles, cerros y colinas de diversa forma y altura, multitud de aldeas y hermosas casas de campo, señoradas por las altas torres de las varias parroquias á que corresponden, vienen á ofrecer al viajero en grata confusión, el aspecto alhagüeno de las campiñas italianas. Un cielo vaporoso cubre este país, unos árboles inundados de torrentes de luz, las plateadas aguas que le sirven de espejo, la sombra de las selvas, las flores de la pradería, y el azul violado que tiene las lejanas cúspides de los montes, en armonía con él, hacen palpitar con violencia un corazón de veinte años.

El río Ulla, siempre entre paisajes deliciosos y variados, pasa á un cuarto de legua de la antigua villa de Padron, atraviesa los arcos del grandioso puente Cesures, recibe el Sar, que desde las cercanías de Compostela le lleva las aguas de un gran número de arroyos y poco despues, se mezcla con las salobres del océano occidental, formando la ría de Arosa, que es la mayor del reino. Desde ella es navegable hasta Herbon, un cuarto de legua más arriba del puente Cesures y lo pudiera ser más si se le hiciesen algunas obras, y se destruyesen las pesquerías que le interrumpen,

y donde se coge abundancia de truchas, anguilas, salmones, lampreas y otros peces delicados.

Entre las vistas pintorescas que ofrece el Ulla, la de San Juan da Coba es ciertamente sublime, y aunque la naturaleza las repite con bastante frecuencia, y aunque todas tienen bellezas de situación que las son propias, aquella, sino supera á las más preciosas de su género á lo ménos las iguala. El Miño, más abajo de Lugo; el Duero, á su entrada en Portugal; el Ebro, en muchas partes de su curso, y en particular cerca de Miquinzenza; el Oroncillo, en Pancorbo; el Tajo, en casi toda su extensión y principalmente en la Villa-velha; el Guadiana, en el salto del lobo; el Guadaporcon, en el Salado de Olvera; el Guadalete, en la angostura de Bornos y el Ulla, en San Juan da Coba, rompen barreras enormes pero impotentes, tajando las montañas que se oponían á su curso como para desengaño de los antiguos errores y hacer ver que no existían para ellos las cordilleras en que han querido encerrarlos los geógrafos.

Si se examina el que tenemos á la vista, se encontrará al Ulla encallejonado entre dos montañas de más de 200 piés de altura, sobre su nivel, que dejan entre sí un espacio de 10 á 12 y que están formadas enteramente de durísimos cuarzós, como el Pico-sagro de quien dependen. A su salida de este estrecho, se ensancha considerablemente constituyéndose una ensenada, cuya profundidad se desconoce, en la cual parece que sus negras aguas, cansadas de la victoria que acaban de obtener, reposan un momento como si tuviesen necesidad de reparar sus fuerzas para vencer nuevos obstáculos. Desde allí, faldeando los montes que de una y otra parte vienen á ocultarse en él, va á deslizarse con un murmullo de vanagloria por debajo del magnífico puente en aquel parage construido y cuya descripción debe ser objeto de un artículo.

Subamos si es posible, á aquellos picos descarnados, cuyas grietas oculta tal cual atrevida planta que ha logrado asirse á las aristas de la peña.

Un abismo está á mis piés esperando en sepulcral silencio mi caída, horroriza su profundidad sin término y refleja en su negra superficie las nieblas que en mi torno escalan el monte, tal vez teñidas de los colores del prisma. ¡Ay del que se atreva á mirarlás retratadas en el agua! su cabeza desfallecera y sus últimos momentos serán las agonías del ahogado.

Huyámos de este abismo que temen aún los peñascos que le cercan. Desde esta comarca deliciosa por donde serpea el camino que dirige á las llanuras de Castilla, desde aquellos abetos montaraces que braman á impulsos de la brisa de la tarde, ó desde estas rústicas habitaciones rodeadas de pampinos y de frutas, de sembrados y praderas, podemos contemplar con seguridad tan sorprendente vista y discurrir acerca de la causa que ha podido franquear al Ulla aquel angosto sendero. ¿Habrá sido el esfuerzo impetuoso de una gran catarata, auxiliada de la duración de los siglos? El poder del hombre inteligente que es capaz de abrir camino por debajo de las aguas, de mudar la situación de los montes y cambiar el curso de

los rios? O la voluntad de la pr6vida naturaleza que traz6 segun sus fines la forma de los mares y la direcci6n de las monta~as? La primera opini6n parece la m6s probable; la disposici6n de las mesetas y de los picachos parecidos 6 fantasmas que suben por el lomo de los dos montes hasta su cumbre, la estructura geol6gica del pais, el terreno de alubion que se descubre en los llanos superiores, y el pozo 6 ensenada de que hemos hablado, casi demuestran que un gran lago estaba circunscrito por aquella cordillera y que una cascada elevad6sima le ha ido desaguando, y al propio tiempo abriendo el paso que ahora facilita su curso al mismo nivel.

JOSÉ MARIA GIL.

Santiago—1840.

Á GALICIA.

¡Oh Pátria, pátria, bien mayor del hombre!
al invocar tu nombre,
cual nùmen que mis cánticos inspire,
late mi corazon de orgullo henchido;
que tengo 6 honor haber en tí nacido.

Ya de los siglos 6 trav6s te mire,
6 ya en la edad presente,
te encuentro siempre noble y genbrosa,
sencilla en paz, en guerra valerosa.

Tu historia eleva el 6nimo abatido
6 la m6s alta esfera de los orbes:
tus costumbres, dechado de pureza,
b6lsamo son del corazon, herido
por la disoluci6n que en torno advierte.

S6bía naturaleza
te distingui6 de suerte.
que en tí se hallan reunidos
los singulares dones
que repartió por las dem6s regiones.

Tal vez fortuna impía
niega 6 tus hijos su inconstante apoyo:
ellos, al yugo del trabajo uncidos,
con sin igual ardor, y con fé ciega
por sí mismos adquieren,
lo que fortuna les neg6 y les niega,
Sus dicitrios estúpidos en vano
un vulgo loco 6 necio
contra Galicia lanza:

el silencio elocuente del desprecio.
es del gallego la ùnica venganza.
Tal vez no est6 lejano
el dia en que mi patria sobrepuje
en riqueza, poder y valimiento
6 los paises que se mofan de 6lla:
esplendoroso sol del cielo hispano
ha de ser la que es hoy p6lida estrella.
Yo te amo, Galicia: tus pesares
hieren mi corazon: lloro contigo
tu bárbaro abandono:

¡pobre te veo, oh pátria! cual mendigo
y es tu puerto la cúspide de un trono!
tu situaci6n desgarr6 el alma mia ..
pero encuentro en tí misma mi consuelo:

en tu esplendente cielo,
en tus bellas y fértiles campa~as,
en tu rugiente mar y tus monta~as,
tus tradiciones populares. llenas
del mayor inter6s, ora fascinan,
y el 6nimo a la risa quiz6 mueven,
ora al dolor y la piedad lo inclinan,
ora espantan, aterran y conmueve:
ya al corazon infunden miedo y pánico,
ya excitan en el alma el entusiasmo,
de Rivadeo el conde, los Correas.

Munia y Albar, Macias, el de Andrade
la Marquesa, Bola~o,
Pardo de Cela, y otros mil, ya h6roes,
ya asesinos malvados,
ya s6lo desgraciados,

la tradicion evoca, y de sus hechos
la relacion sencilla y pintoresca
agita todos los hidalgos pechos.
¡Cuántas de inspiraci6n fuentes profusas
para el bardo sublime

favor cido por las doctas musas!
Y en tí tambien, Galicia, el que de Apeles
sigue las huellas, por doquier asuntos
halla dignos del lienzo y los pinceles.
F6rtilles valles, enriscados montes,
sombrios, ruinosos monumentos.
límpido cielo, inmensos horizontes,
hondas ca~adas, bosques nunca hellados,
y de la creaci6n los mil portentos
6 los ojos se ofrecen

en confusi6n artística mezclados.
Dios agot6 de su poder la copia
al crear 6 Galicia;
pensil de Espa~a, emporio de belleza,
encanto de sus hijos y delicia.

¡Y c6mo no adorarte?—Noble tierra,
pátria de cuanto hay grande y valeroso,
dorada taza do tal vez se encierra
de la belleza el g6rmen poderoso,
salud ¡Mi amor admite, el amor g6nio
que es el nùmen, el g6nio que me inspira.

.....
Feliz 6 sin ventura,
yo moriré contando tu hermosura
al bronco son de mi cansada lira.

S GARCIA.

Ferrol.—enero.—1875.

COSTUMBRES GALAICAS.

COMPOSTELA EN 1780.

I.

La fia.

(Continuacion).

Ved ahí 6 Dominga, la hija del rico labrador que da la fia: esta m6s hermosa de la concurrencia, y todos seguramente la hubieran hablado al oido en noche de tanto placer, si por la sencilla razon de que era el m6s fuerte, no la hubiese elegido para sí Pedro de Outeiro—Pedro de Outeiro el valiente y 6un temerario mancebo, que al concluirse las rom-

rías, gritaba con voz de trueno desde el átrio de la ermita «viva Sarandon!» el primero que blandía su cachiporra al responder un eco y otro eco «viva Dexal viva Beal» — el que rompía más cabezas en cada palo que daba, y de consiguiente el temido de todos sus paisanos. Más de una cruz de madera se había alzado por su causa al pié de las tabernas solitarias de los caminos: más de una vez fuera encarcelado por ahuyentar á porrazos á los malignos escribanos que acosaban á sus amigos. Este héroe de las reñidas parcialidades de aquella época se declaró galán de Dominga y no sin fruto, porque los amantes como él nunca son despreciados por las mugeres, ora sea porque los temen, ora por una secreta influencia del corazón. En cambio los padres los aborrecen y procuran librar de ellos á sus hijos, pero estos esfuerzos son inútiles, si ellas han oído los suspiros de amor del valiente y le han visto rendido y humillado á sus piés. ¡Oh! entónces ya nada pueden los padres, el amor propio las ha vendido, y creyéndose dueñas del vencedor, se han hecho esclavas del hombre.

Así cabalmente sucede á Dominga: no temió á aquel á quien todos temían y le dio su corazón de virgen; pero no pudo ocultarlo á su padre que la observaba de cerca, porque temía los hechizos del valiente.

Si el anciano hubiera tenido entónces la mitad de años ménos, no dejaría de lanzarse por su hermosa hija sobre Pedro, y de seguro se la arrancaría de los brazos, y aún le haría bambolear y caer en la arena; mas ahora no tenía cuerpo para pelear, sinó alma para sentir, — y así, luego que quedó sólo con ella, recurrió á los consejos, pero fueron desoídos; habló de otros esposos más ricos y gallardos, se despreciaron; echó mano de la sajección y de las repulsas, produjeron los resultados que suelen...

II.

El ramo cativo.

«He muyto para notar
cura tan bem acertada,
pois que pudo ser curada
samente com o encontrar.»

Camoens.

En aquella época, como ahora, era necesidad aguardar modestamente en su casa que la felicidad viniese á buscar al hombre: querer lograr una buena fortuna sin favor y sin diligencia, fué siempre tan ridículo como lo sería actualmente la pretension de ser diputado sin estar inscripto en una candidatura.

Bien lo sabía Pedro, — y este convencimiento, las punzadas del amoroso aguijón que más ó ménos todos hemos sentido, y además el conocimiento de sus propias fuerzas, le hicieron activar el asunto, y llevarle á cabo sin valerse de negociadores.

Altivo como un príncipe de 18 años en nocturna orgía, y fiero como el caudillo del pueblo en una revolución, nuestro héroe se presenta á los padres de su amada, seguro de su conquista; mas luego le confunden las mil dificultades en que el anciano envolvió una repulsa tácita y misteriosa, pero decisiva como las notas diplomáticas de algunos gabinetes.

Pedrose exalta, se estremece, suena cerca de su corazón un rugido estertoroso y su brazo de hierro está pronto á alzarse sobre la cabeza del hombre que le humillaba, pero era el padre de Dominga y debía respetarle por amor de ella.

T. II.

Dirigele una mirada desdeñosa, y se retira entónces para volver á media noche á rondar aquella puerta, y asegurar de su fidelidad á la bella labradora causa de sus tormentos. Fué sin fruto esta su primera velada y las sucesivas: inútilmente los ladridos de los perros avisaban á la hija y á los padres de la llegada del pobre mozo; inútiles también fueron sus cantares entonados á cierta distancia para disimular la voz y el objeto; no pudo volver á verla, porque estaba aprisionada, y un padre era el alcaide que había que seducir.

Pedro estaba continuamente pensativo, ella continuamente desesperada; él desconfiaba de ella, y desnudo poco á poco de las ilusiones de 20 años, en que vemos tantos ángeles como mugeres, temía al cabo que hubiese sido la elección de Dominga uno de los frios resultados, que se obtienen tantas veces de la combinación del amor propio con la casualidad; ella adquiriendo cada día nuevas ilusiones y de consiguiente nuevas fuerzas, vivía por el solo sentimiento de su corazón, y estaba pronta á obedecer instintivamente al que amaba, cualquiera que fuese la demostración de su voluntad.

En este estado, Dominga advirtió que venía la festividad de San Pedro mártir, y se finjó loca, endemoniada. Reía á grandes carcajadas, gritaba, se enfurecía contra las imágenes de los santos, convulsiva y espumando; blasfemaba del Altísimo, y llenaba de improperios á su padre y á sus vecinas, que no cesaban de llevarla reliquias, amuletos, higas de azabache, astas de unicornio ó colmillos de javalí.

—Tiene el diablo en el cuerpo, decían los hombres.

—Padece el «ramo cativo», le han dado sesos de gato, contestaban las mugeres.

Y todos concluían que era necesario curarla por la iglesia, hacerla exorcismos, llevarla á Compostela, y ponerla en la boca del estómago la medalla de la inquisición ó la reliquia milagrosa del mártir de Verona.

Así se determinó, — y pocos días despues vino Dominga á Compostela con toda la gente de la aldea á la cual la encomendó su padre encarecidamente, no pudiendo él mismo acompañarla...

Entónces había al pié de esta ciudad un convento y unos frailes que todos acordamos, frailes que eran los amigos de la inquisición y de las endemoniadas; ahora solo quedó el convento que podeis ver ruinoso, macilento y triste mas allá de la calle de las Ruedas, ostentando sobre su portería la efigie de Santo Domingo que estrecha en su izquierda un libro cerrado, alza en su diestra una cruz simbólica y misteriosa, que no parece la cruz del Salvador, y tiene á sus piés un perro blanco y negro con una hacha encendida en la boca. La iglesia de este convento está aun defendida con rejas, el claustro tenía una alfombra de bojes, y en los corredores muchos cuadros que representaban los horribos martirios dados por los infieles á individuos de la orden. Si habeis visto estos martirios y habeis reflexionado sobre ellos; sobre el perro y sobre la hacha encendida, comprendereis sin más historia porque aquellos frailes eran los amigos de la inquisición.

En ese convento, desde la tarde del 28 de abril al medio día del 29, se celebraba una gran función que sólo podré bosquejaros.

De la casa en que están hoy las oficinas de Hacienda pública, sellada entónces con un escudo que se ha perdido, en el cual figuraban un ramo de palma, una cruz y una espada, y además con otro cuartelado con leones y castillos; cerca de la hora de visperas en el 28 y otra vez á las de la mañana del 29, salía primero un pendon de damasco rojo, en

pos de él familiares del Santo Oficio con frac, y calzon de casimir negro y espadin con puño de plata, y por último los gefes y secretarios del temido tribunal condecorados con la poderosa medalla.

Esta procesion recorría las calles atascadas de gente, venida de 30 leguas en contorno solo á tocar los vestidos de los inquisidores, á respirar su aliento y á sugetarse á su mágica influencia. Al pasar arrastraba tras si la muchedumbre, en la cual se veían mil sayos de buriel con solapas de grana ó de bayeta blanca, mil calzones de pana azul turquí con hermosos botones esmaltados, del grandor de un duro, y doble ó triple número de mugeres con blancas cofias engalanadas de cintas, y los ricos *coses* de moda: aquellos jubones de tantos pliegues, con mangas franciscanas encargadas al propio tiempo de cubrir los brazos, y de servir de bolsillo para las manzanas nacidas en la aldea, y para los panecillos comprados debajo de los arcos del nuevo Seminario, ó junto á las casitas de madera que oleros y barberos colocaran en frente al hospital de peregrinos. Entre esta vestimenta se hallaban algunos cientos de capotes con mangas, sombreros apuntados que cubrían empolvadas cabezas con coleta, y tambien innumerables manteos rotos y raidos, en que se envolvía la revoltosa juventud de aquella época; juventud preciosa por su amor á la bolla y al placer, y por las medias de seda de sus torceadas pantorrillas y las ricas hebillas de sus zapatos. De trecho en trecho, como flor privilegiada, resplandecía la capa de grana ó paño blanco de algun elegante que se habia dignado mezclar con la plebe, á alguna bella compostelana con el pelo en *horizonte*, blanqueado por la harina de habas ó con su hermosa *piocha* guarnecida de diamantes.

JOSÉ MARIA GIL.

(Se continuará).

FIEBRE.

*End' ella, appresso d' un pio sospiro,
Gli echi dixzò ver me con quel semblante,
Che madre fa sopra figliuel deliro:*

(DANTE.)

¿Quién es esa muger, que como nabe
plateada de la luna resplandece,
su faz envidia el celestial querube
y su fulgor el alba que aparece?

Magestuoso celestial sosiego,
encubre su semblante immaculado,
el ancho manto de color de fuego
revuelto sobre el cuerpo nacarado.

Lanzan sus ojos el fulgor sereno
de la virtud que impávida flamea:
mueve sus nieves el hinchado seno;
el encendido labio centellea.

Y al extraño fulgor que se desploma
libre, inocente, vago como el día,
de aquel incendio, de repente toma
alas de fuego mi pasión impia.

Al verla en el revuelto movimiento
del gran paseo en el cordon mortal,
y al desplomar su grito turbulento

sobre los pliegues cóncavos del viento
las retorcidas trompas de metal.

¡Oh! grande cosa es ver con sobresaltos
nerviosos escapárame el dolor;
dentro del pecho con horrendos saltos,
cobarde golpear mi corazón.

¡Oh! grande cosa es ver como vacila
la llama celestial de la virtud,
y temblar sacudida mi pupila
despidiendo relámpagos de luz.

Y al contemplar temblando sus hechizos
al deseo comun la puerta abrir,
y el casco de oro de flotantes rizos
ensortijado fuego despedir.

Y el movimiento de la leve espalda
como la errante nube aparecer,
y entre el crespon de la crugiente falda
lanzar vivo destello el blanco pié.

La llama de mi espíritu altanera
alza en mi pecho estúpido furor,
y á mis deseos colosal barrera
tremenda se levanta mi razon.

En esta cruda y bárbara pelea,
hallo tesoros de un placer atroz;
mi pensamiento altivo centellea
y rompe el dique á la mortal prision.

Que el hombre que resiste omnipotente
de la pasión al turbido huracan,
despidiendo relámpagos su frente,
se levanta del polvo terrenal.

Rápido deja la mansion impia,
ciñe sus sienes inmortal fulgor,
intrépidas á Dios sus alas guía
y se presenta impavido ante Dios.

No importa que el destino riguroso
se oponga impio á mi pasión fatal,
y emponzone mi labio codicioso
la espuma horrenda de mi sed mortal.

No importa que la vida miserable
al infierno me lance del sufrir;
los hierros de su cárcel deleznable
quebrantará mi espíritu febril.

No importa, Carolina, que inocente
pruebes las iras de un tirano audaz:
la marca colosal del delincuente
Luzbel grabó en su frente criminal.

Que las tormentas de la duda impia,
le arrebatan el sueño á su pesar;
su frente azota tempestad bravía,
de penas hondas revoltoso mar.

EDUARDO PONDAL.

Puente Cesó—1860.

CRONOLOGIA DE LOS REYES SUEVOS DE GALICIA.

	Reinó en	Murió en
Hermenerico I.....	412.....	427
Hermengario.....	427.....	431
Hermenerico II.....	431.....	440
Requila, el Glorioso.....	440.....	450
Requiaro, el Católico.....	450.....	456
Ayulfo, Frantan, Maldras y Frumar	456.....	464
Remismundo.....	464.....	479
Interregno de reyes desconocidos, de de.....	479 á	540
Carriarico.....	540.....	550
Teodomiro I.....	550.....	559
Ariamiro.....	559.....	570
Teodomiro II, ó Miro.....	570.....	583
Eborico.....	583.....	584
Andeca, ó Xan Deza.....	584.....	585

JOSÉ ANTONIO PEREZ.

Betanzos, 1868.

(Extractada de la Historia de Galicia por don Benito Vicetto.)

Á LA VIRGEN DE LA BARCA.

SONETO.

Vengo tambien errante peregrino,
á saludar tu monumento santo,
Vengo tambien para enjugar el llanto
que vierto de mi vida en el camino.

Contemplo enagenado ese divino
poder que ostentas y que asombra tanto..
¿quién virgen mia, el velidoso encanto
dirige de esa roca en su destino?

La mar, en alabanza á tu belleza,
tiende á tus piés sus espúmantea olas,
las naves, al mirarte, con presteza
desplegan sus pintadas banderolas,
y yo te aclamo, absorto en tu grandeza,
la gloria de las glorias españolas.

JOSÉ MARIA MONTES.

Mujia 15 de setiembre de 1874.

GALICIA INDUSTRIAL.

EL ROJAL EN 1853.

III.

Ved, contemplad ese magestuoso panorama que se abre de repente á nuestra izquierda desde las montañas fronterizas de San Isidro. Ved esas vertientes reverdecidas por una vegetacion vigorosa, y salpicadas de agradables caserios que parecen dibujados en su fondo por uno de esos magos de las baladas alemanas del conde de Anazperg ó de Enrique Zkoskue.

Ved esos santuarios agradablemente esculpidos en la falda de las montañas, y ved esas fábricas de papel que se hunden pintorescamente en el fondo del valle, á buscar la fuerza hidráulica del Belette. Ved, contemplad y admirad esas magníficas perspectivas, tan ricas de inspiracion para las almas impresionables; y si sentís en vuestra fuente el fuego del génio, abrireis vuestro album como Villamil, ó cantareis en rotundos y armoniosos versos como los poetas que visitan este territorio tan delicioso y encantador.

Internémonos en el valle, separándonos de la carretera trazada del Ferrol á Lugo, y sigamos otra nueva carretera que faldeando la Mourela, han mandado abrir los SS. Braña y Abella, dueños del Rojal.

Este camino, que desciende al valle, prolongándose hácia la cascada de Fervenza, este camino en fin, que tantas utilidades reporta á la agricultura y al comercio de cereales, es el que nos vá á conducir al Rojal, bajo el risueño embovedado de las arboledas que lo sombrea, y entre los bellísimos paisajes que lo decoran á derecha ó izquierda, en los llancos de las montañas que limitan el horizonte del gran valle.

Hemos atravesado ya unos caserios que se levantan á ambos lados del camino; hemos dejado atrás los pomares ó arboles frutales que nos dan su apacible sombra, ascendemos á una pequeña eminencia.. y llegamos á su cima.

Desde esta pequeña cima se descubre á lo lejos, en el punto de confluencia de las dos cadenas de montañas que cierran el valle, un torrente de plata ó de cristal que brilla á los rayos del sol como una columna de brillantes; y más cerca, en una lanura que existe en el fondo del valle, se descubre una casa-pueblo.

Lo primero, es la cascada de Fervenza.

Lo segundo, es el Rojal.

IV.

Despues de abarcar el cuadro que descubríamos desde aquella eminencia, descendimos al valle, ó más bien al Rojal, por la suave pendiente sombreada de árboles que conduce á este fabril establecimiento.

Hemos llegado ya al pórtico de entrada: ántes de entrar, digamos algo de la planta baja de esta inmensa y deliciosa fábrica de tejidos.

La planta baja es un paralelógramo rectangular, de unas 100 varas de longitud por 60 de latitud. Sus cuatro lados miran: uno, el de entrada, al Este; constituido por cuadras y habitaciones para operarios. Otro, á la derecha, entrando en los jardines del edificio, mira al Norte y por consiguiente al valle que se extiende hasta la villa de Neda, entre las montañas de San Isidro y la Mourela; en este frente se hallan los talleres de carpintería y almacenes de primeras materias. El lado opuesto á éste, el del Sur, dá frente á las montañas por donde pasa la carretera del Ferrol á Lugo; y en su parte local se hallan colocados los telares. Por último en el otro frente, que mira al Oeste, y por consiguiente se considera como la parte traserá de la gran fábrica, se hallan colocadas las máquinas de prepa-

racion y parte de telares. Además de estos cuatro lados ó localidades del paralelogramo, se prolongó el edificio hasta el rio, por la parte del Oeste, con objeto de contener en este local las oficinas de Administracion y la de calandraje ó planchado de las manufacturas.

Una vez que hemos dado idea de la estructura y situacion de esta gran localidad fabril, consignemos tambien algunos detalles que adquirimos relativos á su ereccion.

Los hermanos Veiga, gallegos, retirados del comercio de América, concibieron el pensamiento de erigir esta fabrica de tejidos, hara unos nueve ó diez años. Hicieron venir de Escocia toda la maquinaria, maquinaria que puede rivalizar con las primeras del extranjero; y prefirieron este sitio porque además de sus ventajas hidraulicas, es de lo más delicioso y pintoresco de nuestra costa. A los cinco años de plantada, los Sres. Veiga la vendieron al Sr. Collado y compañía, de Madrid, y los nuevos dueños mejoraron su movimiento industrial pues los otros tan sólo lo habian organizado para fabricacion de mantas de algodón, de las que hicieron muchas remesas á América y el Sr. Collado estableció los tejidos de todas clases de hilo.

Los Sres. Braña y Abella adquirieron despues esta gran fábrica; y si mejoras recibió en su primera traslacion de dueños, en la segunda fueron más numerosas, tanto en su parte local como en su maquinaria, pues se elaboraron en la actualidad desde las lonas de más consistencia para los buques mayores hasta las creas tan finas que, sin orgullo galaico, podemos decir que pueden competir con las mejores de Escocia.

Al entrar en este edificio se experimentan impresiones muy agradables; no sólo por el buen gusto con que se hallan colocados sus jardines y dependencias, sino por el pintoresco efecto que hacen unas ciento sesenta mugres sumamente aseadas, que se dedican á la elaboracion en los grandes salones. Constituyen esta elaboracion general 108 telares mecánicos de hierro, con todos sus auxiliares para devanado de urdimbre, de trama, y de más operaciones preparatorias al tejido. Existe además una magnífica fragua con su sierra mecánica, tres tornos tambien mecánicos, susceptible el principal de tornear una pieza de 25 quintales, y un taladro vertical donde se horadan las piezas de hierro con increíble facilidad y prontitud.

Todo este movimiento mecánico que existe en las diversas dependencias de la fabrica para sus usos y aplicaciones, recibe su fuerza de accion de una rueda hidráulica de hierro fundido de 23 piés, 12 pulgadas de diámetro; 8 piés, 3 pulgadas de ancho con 36 cangilones ó cajas en su circunferencia, y en su parte interior un aro tambien de hierro con 180 dientes. La compuerta por donde toma el agua es tambien de hierro, de 5 piés 3 pulgadas de ancho y 5 piés de alto, y está montada en 3 ejes y 6 muñoneras, 4 piñones y 2 ruedas de conduccion. Este mecanismo se comunica con una cigüeña, por medio de la que se le suministra ó se le quita el agua. El eje de esta rueda es de 18 pulgadas de diámetro y descansa en sus extremos sobre dos grandes muñoneras de hierro con castillos de bronce.

El árbol horizontal, primer conductor, por decirlo así, de la fuerza que imprime la rueda hidráulica, tiene á un extremo una rueda llamada Catalina, de 4 y 1/2 piés de diámetro con 47 dientes, que engranan en el aro que tiene interiormente la rueda: este árbol es el que comunica el movimiento general para que funcione toda la maquinaria, por medio de otros árboles horizontales de graduales proporciones. Para la conduccion del agua del Bellelle, á la fabrica, hay dos grandes compuertas, sólidamente construidas puestas á la entrada del cauce por la parte exterior, con su mecanismo para manejarlas con facilidad, y cuyo examen recomiendo á los inteligentes. Estas compuertas están colocadas en el cauce ó canal de alimentacion de la rueda motriz, que consta de 307 varas de largo por 4 de ancho, hecho en peña viva, y con varios rellenos y parapetos de muro al rio, y dos compuertas de desagüe en su margen derecha para vaciar el canal, cuando es necesario. Además, hay un ramal tirado del mismo cauce que vá al jardin, y es preparacion para montar otra rueda, si se quiere. El socaz ó caja de la rueda hidráulica, es de cantería sólidamente trabada y trabajada.

BENITO VICETTO.

(Se continuará.)

EN EL ALBUM DE LA TORRE DE HÉRCULES.

Audaz en el espacio te levantas,
el firmamento con la frente tocas,
y el espumoso mar brama á tus plantas
entre las negras y apiñadas rocas.

Y parece que gime en son de queja,
ó reclama de tí con voz bravía
los navegantes que tu luz faleja
de los escollos que en su seno cria.

Pero en vano á tus piés ronco revienta,
y tus robustos muros estremece,
y con sus olas apagar intenta
esa luz que las sombras desvanece.

En vano la borrasca bramadora
de boscos nublados tu falal rodea,
por ocultar la lumbre bienhechora
que radiante en los aires centellea.

Tú en tanto elevas la orgullosa frente
de diadema de fuego coronada,
los bramidos oyendo indiferente
del vendabal y de la mar airada.

Algun ángel amigo del marino
te prestó su fulgor, brillante faro,
para aclarar su lóbrego camino
con tu destello rutilante y claro.

Por eso te bendice el navegante
cuando ya rotas las flotantes velas
y sin rumbo en las olas, vé distante
la luz tranquila que en el mar rielas.

JOSÉ PUENTE Y BRAÑAS.

julio 31 de 1846.

LAS AUREANAS DEL SIL.

MEMORIAS DEL VIZCONDE DE FONTEY.

IV.

La luna de miel.

Apresuró tanto mi padre aquel casamiento, que á la semana nos casaron. No parecía sino que el conde de la Rua temía morir sin ver cumplido lo que él y yo considerábamos como un verdadero compromiso de honra.

Las bodas se celebraron con la mayor ostentación señorial. ¡Qué de fiestas! ¡qué de convidados! ¡qué de mercedes en el palacio de Fontey! — Gastó tanto mi padre, derramó tanto dinero para celebrar mi casamiento con Nieves de Villaester, que su esplendor dejó nombre por larga temporada.

En cambio, qué tristeza en mi alma durante aquellos días! Por más que pretendía animarme como todos, por más que pugnaba conmigo en pos de momento porque mi corazón reviviera á la vida de la ternura y del deleite, me era imposible conseguirlo; bien porque Nieves de Villaester me comunicara la frialdad de su alma para conmigo, bien que existiera el germen de aquella frialdad en los senos de la mía y helara con mi sangre mi pensamiento.

Esclavo de la etiqueta especial de nuestras montañas en esos casos — etiqueta que por lo regular rompe siempre el amor entre dos enamorados, — ni Nieves hacía nada para prescindir de ella, ni nada hacía yo tampoco por mi parte. Apenas la besaba, si nos hallábamos á solas de día, ya en nuestra habitación, ya en otra, ya en la fronda de los jardines de Fontey; — y de noche, cuando concluíamos de cenar y nos retirábamos, esperaba á que ella se hubiera acostado para penetrar yo en el gabinete nupcial, lo mismo la sexta y séptima noche de desposados que la primera.

Entonces, al entrar en el gabinete, tosía yo, quedando como si dijera con la mayor indiferencia: *aquí estoy*. Después, cuando corría las cortinas de la alcoba para acostarme al lado de mi esposa, ella, en vez de esperarme para el caso vuelta hacía las cortinas, palpitando de cariño y de ansiedad, por el contrario aparecía de espaldas como una figura de cera. Me acostaba yo, — y apenas el trémulo fulgor de la lámpara de plata que ardía en el gabinete, alumbraba una sonrisa de amor de Nieves de Villaester en toda la noche. Diríase que me acostaba con un cadáver. Nada salía de aquella alma al encuentro de la mía, ni un eco, ni un suspiro de inquietud ó de pudor. Si la besaba y la abrazaba, parecía que al corresponder ella á estas insinuaciones voluptuosas me besaba y me abrazaba la misma muerte.

¡Ah que suplicio! Hubo noches que me estremecía de terror, sondeando el abismo oscuro en que me sentía rodar, sin hallar término, — y en vez de dormirme en los brazos de mi esposa temiendo que llegaran pronto la luz del día ó los ruidos domésticos de palacio á despertarme, como le hubiera pasado á otro en su luna de miel, yo anhelaba por momento que llegaran esa luz y esos ruidos.

¡Desdichado de mí! Si aquello fuera la ventura del amor, si ántes no la hubiera apurado con el lujo que demandaba mi naturaleza de fuego ¡cuál no hubiera sido mi vida en el mundo entonces! Se hubiera deslizado mi existencia en la tierra como la de una cosa no la de una persona, porque mi luna de miel era completamente una luna de hiel, por carecer del

T. II.

erótico que entraña semejante situación entre dos jóvenes desposados.

Para percibir mejor el cuadro monótono de mi desdicha, debo completarlo con la pincelada de que Nieves de Villaester en su mogigatería, no ponía ningún obstáculo jamás al menor de mis deseos; — y esto precisamente, esta docilidad fría é insulsa, pero calculada de aquella muger, daba el tono más determinado al cuadro soso, seco, incoloro de mi desventura. Si al menos se revelara en ella voluntad propia, ya en pró ya en contra de mis afanes amorosos, tal vez este matiz acentuaría más la expresión de mi alma en aquella especie de limbo en que me veía... ¡qué sé yo!... tal vez hubiera sido pretexto siquiera para hablarnos algo... algo de interés, algo de vida, algo de amor, algo del cielo en la tierra.

¡Oh, Dios mío, qué sosera tan cruel en aquel cuadro donde todo debía ser animación y fuego! Y lo más singular, lo que tal vez parezca inconcebible, es que si de noche me hablaba algo Nieves de Villaester, no resaltaba en su conversación otro afán que el de madrugar mucho para ir á la misa de alba, que venía á decir á palacio todos los días el párroco de la Rua. Esde advertir que esta costumbre no la perdió ni la misma noche de nuestras bodas, — y aquella educación medio mongil ó monástica que habia tenido en el colegio de Compostela, empezaba á aburrirme casi más que todo. Parecía un contrasentido tal perfume de beatitud en una joven desposada. Diríase que era como un pretexto para volar del nido, apenas caliente, y tender sus alas en busca de otros horizontes donde habia pasión para su pasión, alma para su alma. ¿Sería que el amor divino, preocupando enteramente aquel ser, lo encadenaba lejos de mí! ¡Estaba perdido entonces! ¿Por qué no se habia quedado aquella joven en el convento, si tanto era su amor á Dios?

V.

Escena de horror.

Una mañana también me levanté yo temprano, después que Nieves de Villaester salió del lecho nupcial.

Mi ánimo era dar un paseo por las encanadas de Fontey, ya dirigiéndome al Soldon, al Quiroga, al Arnao, al Lor ó al Sil, — porque es de advertir que todo aquel país se halla cortado por innumerables rios, tributarios del caudaloso que nos envía el Vierzo de sus montañas azules.

Sali, pues, de palacio aquella mañana; pero al atravesar por delante de la capilla, que estaba abierta, me acordé de Nieves de Villaester y miré indolentemente hacia el interior para ver si la descubría.

Ni Nieves ni su doncella estaban entre las pocas gentes que habia en la capilla.

Esto no me hizo gran impresion, atribuyendo la falta de Nieves á cualquier causa insignificante, — y proseguí mi paseo.

Pero á los pocos pasos, no sé por qué vino á preocupar mi mente esa circunstancia. ¿Estaría yo celoso de mi muger? Esto era imposible, porque para celar, es preciso amar, y yo maldito lo que amaba á Nieves de Villaester. La conilera, pero no la amaba. Es verdad que desde el momento que se casara conmigo, era mi honre; mas no habiendo otra causa que aquella para perturbarme, aquella no era razon suficiente para ello, y tanto más en una joven educada conventualmente.

Así que, esta preocupacion, no se apoderó de mi espíritu sino por breves instantes; pues al pro-

seguir mi paseo de mañana, el pensamiento fué preocupándose insensiblemente de los objetos que se iban presentando á mi vista, como las ondulaciones caprichosas de los valles, los recortados obeliscos de las montañas y las curvas pintorescas del Sil, salvando rocas ó evitándolas.

Distraído, ó más bien inantado por el encanto del paisaje, me encontré en el puente Cigarrosa, — puente construido por los romanos en la época de su dominación en Galicia; — y me detuve sobre el sil para contemplar desde aquel sitio la marcha magistosa de su corriente azul, orlada de fajas de brillante plata.

El espíritu parecía agrandarse bajo la magia de las perspectivas poéticas que descubría la vista, — y todo contribuía á abstraerlo en una contemplación dulcísima; ya el canto de las aves, ya el del viento en las arboledas, ya el del río entre las rocas, ya el de algun cazador que ascendía la montaña, ya en fin el de las aureanas que descendían á las orillas auríferas en busca del codiciado oro.

Especialmente — hacia la parte de Arnado ó de Valencia del Sil, el grupo pintoresco que formaban estas mugeres singulares que no viven sino con los ojos fijos en las arenas del río, cautivaba mi atención por su inmovilidad y sus trages de colores. Jóvenes casi todas y como jóvenes bellas, semejaban otras tantas ninfas ó náyades mitológicas, ó lágrimas de la aurora encarnadas en la confluencia del Arnado y el Sil.

Pero... al cabo de algunos instantes de contemplación sobre el puente Cigarrosa, me pareció oír entre el susurro del río y el susurro de los árboles, algo parecido á los lloros de una criatura recién nacida; — gemidos dolorosos, débiles y entrecortados que cuanto más pretendía analizar, atento á ellos, más se indeterminaban para mí, bien por la distancia, bien porque trataba de sofocarlos alguna persona interesada en ello.

Empezaba ya á creer que aquellos gemidos en semejante soledad, no eran sino ilusiones mías, cuando de pronto los senti tan clara y distintamente en las ráfagas del viento, que no me quedó lugar á la menor duda. Ah! era evidente que lloraba una criatura en aquellas asperezas... víctima tal vez de algun peligro inminente.

Entonces, como el sabueso que olfatea el rastro de la caza, concentré todos mis sentidos perceptivos en el oído, y me pareció distinguir claramente que los gemidos salían como de una arboleda contigua al Sil, sobre un terreno á la vez muy pedregoso.

En aras, pues, de esta percepción instantánea y poderosa, me dirigí hacia aquel sitio, dando un rodeo sumamente largo para evitar la escabrosidad del terreno; — y una vez en la arboleda, penetré en ella lentamente y revolver en mano por si tenía que habérmelas con alguna fiera.

Dentro ya de la espesura, y palpitando de ansiedad mortal, distinguí entre el ramaje un hombre que hacía un hoyo en el suelo con una azada...

¿Para qué sería aquel hoyo en un sitio tan oculto?

A pocos pasos de aquel gañan, distinguí á la vez una criatura recién nacida, medio envuelta en un pedazo de cobertor, y agitando al aire uno de sus bracitos, perfectamente iluminado por la luz de oro y nácar de la aurora.

Los gemidos dolorosos que me alarmaron, eran por fin los de aquella criatura. Ya estaba, pues, sobre la pista. Pero ¿qué misterio habría en todo aquello?

Hé aquí lo que me propuse expiar, velado por las ramas frondosas de los árboles.

BENITO VICETTO.

(Se continuará.)

EN EL TEMPLO.

Por los oscuros claustros
de santa catedral hollando el suelo,
bajo mis plantas resonar sentía
las metálicas losas de cien féretros.
Tal impresion causóme
la queja que exhalaba el pavimento,
que así exclamé yo entonces como exclamo
cada vez que su pórtico atravieso:
— No: no mi voz blasfema
si hoy te predice un día ¡oh grave templo!
en que la dulce voz de tus campanas
no tranquilice el corazón del pueblo.
En que la cruz rugida
en que hoy parece descansar el Cielo
torcida, avergonzada, vacilante
de percha sirva al asqueroso cuervo.
En qué de tus altares
cuelguen yedras en vez de terciopelos...
No extrañes que esto te suceda un día
¡si tienes ya la muerte en los cimientos!!

LUIS A. MESTRE.

Santiago—1875.

LA CARIDAD.

(Continuacion.)

Habia pasado ya una hora en aquella inocente correría: desde el valle en que se hallaba, rodeado de colinas de robusta vegetación, no podía descubrir ni la mansión paterna, ni el jardín, ni las arboledas contiguas Blanca se alarmó y se detuvo: ningún resultado le habia dado la caza, salvo al una que otra caída, excepcion hecha de varios tropezones y sustos, cuando en las yerbas y ramas creía su infantil imaginación ver asquerosos reptiles que la acechaban, á ella que les tenía un horror exagerado. Hallábase perdida; rodaban gruesas gotas de sudor por las rosas de sus megillas; estaba abrasada su frente de azucena; secas y empolvadas las granadas de sus labios; enredados y á merced de la brisa los perfumados bucles de su cabellera de ángel, hinchados y ardientes sus diminutos piés. ¡Qué hacer! ¿á dónde dirigirse? ¿á quién llamar? ¡Pobre niña! Movida por el resorte de la imprevisión, conoces al fin tu falta, suspiras ya ante la idea del castigo que lleva tras sí la desobediencia. Pasan, sin embargo, los momentos, hay que tomar una determinación. Blanca mira con timidez en torno suyo: á alguna distancia, por su derecha, divisa un sinuoso sendero y corre hacia él. Este camino, estrecho é irregular, la conduciría á la carretera, desde donde fácil le sería descubrir su casa. Un tanto reanimada al soplo de la esperanza, sigue con resolución aquella estrecha vía, pero á los pocos instantes se detiene; un eco humano, triste y plañidero, llega á herir el delicado tímpano de su audición. Blanca busca con su hermosa mirada la persona cuya voz resonó tan melancólica y no tardan sus celestiales pupilas en fijarse en un venerable anciano que, en-

vuelto en un toseco capote, á pesar de ser aquella la estacion de los rayos de fuego, da sobre una piedra descanso á sus débiles y quebrantados miembros. Ciego, viejo, pobre y enfermo, ha oido el leve rumor de la ligera huella de Blanca, á quien su eclipsada retina no puede retratar, é implora limosna.

Está la niña contemplándole sobrecogida de un sentimiento de piedad y dulce ternura que la domina á despecho de su cansancio y de su inquietud, Quizás le sea difícil encontrar la senda que debe conducirla al seno materno; tal vez sus padres la buscan en vano y aguardan impacientes y airados su regreso, quién sabe si la espera el castigo de su impremeditada accion. ¡Qué importa! Hay ante sus ojos un sér desgraciado, que parece abandonado de todos sus hermanos, y el tierno y magnánimo corazón de Blanca, su alma grande y sublime, resiste á dejarlo sin consuelo.

A la meditacion sigue un movimiento rápido como la idea: abre con zozobranante anhelo su canastillo, para ver si sus provisiones están en el fondo, y un rayo de alegría ilumina su mirada.

Acércase al anciano, que repite su exclamacion

—¡Socorred, quien quiera que seais, por el eterno descanso de vuestros mayores, á la más desgraciada de las criaturas!

Y con su acento de ángel, con una voz melancólica y sonora.

—Tomad, pobre anciano, dice; no tengo otra cosa aquí.

Atónito el anciano, al oír aquel acento de humilde dulzura, de celestial encanto, alarga su mano y recoge de las de Blanca el pan, el queso, la torta y los bizcochos. Lleva todo á sus labios, para dar á la limosna el ósculo del reconocimiento y exclama:

—¡Será verdad! ¡Bajarán de vez en cuando ángeles á la tierra!

Hubo un momento de silencio, porque Blanca miraba con un sentimiento de compasion al anciano y no se daba éste cuenta de lo que le ocurría. Al fin, dijo:

—Loado ese Dios que tiene estos divinos mensajeros.

Y volviéndose á Blanca, que continuaba á su lado,

—¿Cómo te llamas, criatura sobre humana, le preguntó.

—Blanca, respondió la niña.

—Si no eres un ángel de bondad y de consuelo ¿quién eres?

—Una niña de nueve años.

El anciano conmovido por tanta candidez, enlazó sus manos y dirigió una oracion impetrando del Cielo todo género de bendiciones para Blanca, quien le escuchaba en religioso silencio. Terminada la plegaria, la niña dijo:

—A Dios, pobre anciano, es muy tarde para mi.

—Tambien yo me voy, respondió el ciego, porque mi esposa aguarda desde ayer algun alimento.

—¿Desde ayer! repitió aterrada Blanca, pues qué no comió desde ayer?

—No hay que sorprenderse, pues nada más frecuente en nosotros. Lo peor es que en la actualidad está enferma y encamada, de suerte que mi

pequeña Maria, que vino á traerme, se volvió á su lado y no tengo guía. Mas no importa; debo saber el camino y si no Dios proveerá.

—¡Si no me fuera tan tarde! murmuró Blanca.

—Gracias, gracias, ángel de consuelo, dijo el anciano conmovido.

Y poniendo su diestra sobre el hombro de Blanca, para ayudarse á levantar, la deprecó paz y partió apoyado en su toseco báculo.

La celestial mirada de la inocente siguió por algunos minutos los inseguros pasos del anciano, permaneciendo la niña estática en su puesto. Pronto observó que aquel se detenía: era que sus piés habian tocado la mansa corriente de un límpido arroyo, sintiendo á un tiempo el frio de las aguas en su corriente y su leve susurro.

Blanca comprendió inmediatamente lo apurado de la situacion del pobre ciego y, sin madurar la idea, voló en su auxilio.

—Y bien, pobre anciano, dijo con humilde acento, recibidme por guía en reemplazo de vuestra Maria.

—Si, si, ángel de los desamparados, respondió el miserable ciego tendiéndole su rugada mano; en tí veo ya el guía que el Cielo me envía.

Blanca estrechó aquella trémula mano y condujo al anciano con una solicitud más que filial — Maria solia ir de traida; Blanca, por el contrario, prevenia las escabrosidades, advertia los accidentes del terreno y guiaba, en fin, á su socorrido con una prudencia que no superaria una edad madura.

Durante la marcha, el anciano le refirió la angustiosa situacion en que vivia con su familia, sin ocultarle sus penas y pobreza, la desgraciada suerte reservada en la orfandad á su pequeña Maria, que no habia cumplido todavía ocho años y, en una palabra, la tristeza que cubre el alma, cuando en el horizonte de la vida no brilla ya el más débil fulgor del astro de la esperanza. Esta historia resonó lúgubre y dolorosa en el tierno corazón de Blanca.

GENARO SUAREZ Y GARCIA.

(Se continuará).

LA ROMERIA.

Ayer, hermosa, brillante
te he visto en la romería,
hoy, aunque no estés delante,
despierta mi poesía
al recordar tu semblante.

Oyeme, pues, — y si infiel
mi pluma viste sandeces
no la condenes cruel...
otros libaron la miel
y sólo quedan las heces.

Cuando á mi vista insegura
surgió tu fisonomía,
en aquella tarde pura,
me encantaron tu hermosura
y la hermosura del día.

Confundidas como hermanas
daban notas argentinas,

en la iglesia las campanas
y en las eras comarcanas
las músicas campesinas.

Yo, extasiábame al mirar
bajo del azul vacío
agitarse el encinar,
correr en la sombra el río,
hervir en poniente el mar.

Y cuando los tintes rojos
del sol me daban enojos,
cegando mi admiración,
con dulcísima fruición
volvía hacia tí los ojos.

Por eso aunque con cuidado
de reminiscencias huyo,
como flores del pasado
dos recuerdos he guardado:
el de la tarde y el tuyo.

En otro tiempo mejor
te amaría con furor;
hoy, que en niñadas no creo,
me causa risa el amor
y apenas siento el deseo.

Mis esperanzas candentes,
mis ilusiones lejanas
son ya recuerdos dolientes...
¡qué al fin se me van los dientes...
y se me vienen las canas!

De buena gana te haría
dueña de mi autonomía
mas mi instinto dice *nones...*
y... te ruego me perdones
la falta de cortesía.

ALFREDO VICENTI,

Redondela, agosto de 1872.

GALICIA BALNEARIA.

DE LOS BAÑOS Y AGUAS MINERO-MEDICINALES DE GALICIA.

I.

El uso de los baños y aguas minerales ha sido conocido desde la más remota antigüedad; las naciones en las cuales se ha mecido la cuna de la civilización, como fueron la India, el Egipto, la Persia y la Grecia, han puesto un especial cuidado en la construcción de los edificios públicos y particulares adecuados á este objeto. Las enfermedades, el clima, el aseo y las creencias religiosas fueron los principales móviles que les dieron impulso; en un principio los ríos y las fuentes eran los lugares destinados para el baño; pero, á proporción que el hombre fué progresando también quiso ó necesitó de más comodidades para la vida. Un pueblo hubo

en el mundo que recogiendo los restos de dos civilizaciones, que parecían rechazarse por su carácter antinómico, ha sido no obstante el que dictó leyes á todos los que doblaron la cerviz al poder de sus armas, ó bien á aquellos que agrupándose bajo sus victoriosos pendones se declaraban sus fieles aliados. Este pueblo habitaba á orillas del Tiber, teniendo por morada la ciudad de los dioses, de los reyes, de los cónsules y los emperadores. Sabido es que los romanos trataron de inculcar suavemente sus costumbres en todas las naciones adonde les había llevado el deseo de la conquista. Las ruinas de sus famosas *thermas* ó casas de baños que dejaron en nuestra España, revelan esto bien claramente. El número, la espaciosidad y el lujo que en ellas desplegaban parece fabuloso al referirlo; pasaban de 800 las que había en los diferentes cuarteles de Roma, siendo algunas capaces de contener 8,000 personas con toda comodidad; en su fabricación se empleaban los más ricos pórfiros y hermosos mármoles, y en su recinto se hallaban las estatuas y pinturas más acabadas. Las ruinas de las *thermas* de Tito, Caracalla y Diocleciano son aun hoy día la admiración de los amantes de las bellas artes y de los arqueólogos. Galicia aunque fue por su valor la última provincia de la península ibérica, que besó la cadena del yugo romano, fué también la que más pronto se asimió á los usos, lenguaje, costumbres y religion de los vencedores.

FRANCISCO FERNANDEZ ANCILES.

(Se continuará).

SECCION EDITORIAL.

Habiendo sido demandados en conciliación por el presbítero D. José Ramon Perez, á fin de preparar querrela ante los tribunales por injuria y calumnia contra él vertidas en los cuatro últimos números de esta *Revista* y en artículos escritos con nuestro nombre, despues de mediar entre ámbos explicaciones leales y francas, hemos transigido tan enojoso asunto comprometiéndonos á consignar por nuestra parte las manifestaciones indispensables á dejar en su debido lugar el honor del Sr. Perez.

En su consecuencia, declaramos para su satisfacción, que conocíamos y conocemos personalmente al presbítero D. José R. Perez, injuriado y calumniado gravemente en los cuatro últimos números de esta *Revista*, y que por tanto retiramos todas y cada una de las expresiones que motivaron el acto conciliatorio á que hemos sido llamados.

Nosotros confesamos, además, y hacemos público con la mayor complacencia, que en el ardor del combate nos habríamos obcecado mucho más de lo que hubiéramos querido deliberadamente; y si esta manifestación que hacemos con espontaneidad pudiera considerarse por algunos como humillante para nuestro propio decoro, sepan que nosotros nunca nos consideramos más dignos, que cuando seguimos las inspiraciones, no de nuestro ardor en la pelea, sino del reposo de nuestra conciencia despues de la lucha.

Entiéndasenos bien: retiramos cuantas palabras hayamos escrito que ofendan la honra del presbítero Sr. Perez, porque cumple así á nuestra dignidad; pero no retiramos una sola, ni siquiera un ápice, de cuantas emitimos respecto á doctrina en el debate.

BENITO VICETTO.